



Sabor crítico

Xabier Gutiérrez

DESTINO

Sabor
crítico

Xabier
Gutiérrez

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1416

Todos los personajes que aparecen en esta novela son ficticios.
Algunos de los lugares, también.

© Xabier Gutiérrez, 2017

© Editorial Planeta, S. A. (2017)
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S.A.
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

Primera edición: noviembre de 2017

ISBN: 978-84-233-5297-5
Depósito legal: B. 22.232-2017
Impreso por Black Print
Impreso en España-*Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

O

Lekunberri, Navarra

Ferdinand Cubillo, Ferni, colgó el teléfono móvil, miró el nombre de la persona que acababa de llamar y se quedó pensativo. Eructó dos veces sin hacer apenas ruido. Con exquisita educación, se secó los labios con la servilleta que tenía sobre las rodillas y la dejó, doblada por la mitad, sobre la mesa.

Hizo un gesto al camarero para que le preparase la cuenta y, mientras esperaba en la soledad de su mesa, anotó algunos detalles en su pequeña agenda. El mantel blanco aún estaba limpio. Algunas migas de pan salpicaban la superficie blanca como pequeñas motas doradas de trigo en un mar de nieve textil.

Apenas dos minutos después, el empleado se acercó y, con una sonrisa amable, le informó de que estaba invitado. Ferni le agradeció el detalle y, mientras se levantaba, dejó como propina un billete de diez euros medio oculto bajo la botella de vino vacía. Se despidió del camarero, que lo ayudó a ponerse el abrigo.

Nada más llegar a la puerta, cambió impresiones con José Ignacio, el dueño del restaurante Maskarada. Elogió su comida y su gran trabajo de recuperación de la raza de cerdo vasco. Le prometió que el próximo sábado

lo sacaría en su página del periódico y que, al día siguiente, mandaría a alguien para que le hiciera unas fotos; con ellas ilustraría su artículo sobre el restaurante. Poco podían imaginar ambos que aquellas fotografías nunca llegarían a hacerse, o que Ferni jamás llegaría a escribir aquellas líneas.

Se despidió desde la distancia de Amaia, la mujer del dueño, alzando la mano.

Al salir al exterior, y con el aire frío de finales de invierno dándole en la cara, tuvo la sensación palpable de que la muerte estaba cerca. Intentó apartar aquel mal presagio de su imaginación. Respiró hondo en la puerta, se puso su inseparable sombrero de fieltro gris, que tenía un ribete negro muy fino, y comenzó a caminar hacia su coche. El atardecer se acercaba, y la luz tenue lo llenaba de melancolía. Sacó el llavero y jugueteó con las llaves del coche. Dos personas lo observaban desde lejos. Una de ellas miraba a través del potente zoom de una cámara de fotos.

—¡Ahora sale, ya está! Por fin. Viene solo, ¿verdad?

—Sí.

—¿Viene en su coche?

—Sí, en el negro de siempre. Se acaba de montar.

—Tenemos todo listo, ¿verdad?

—Claro.

—Esta vez no podemos fallar. ¡Venga, sube!

I

*Carretera NA-1300, a lo largo del río Araxes.
A la altura de la regata de Txuskomuno.
Martes 26 de febrero de 2019. 17 horas
(unos minutos más tarde)*

La carretera serpenteaba siguiendo el cauce del río Araxes con la misma fidelidad con la que un amante rodea a su amada, ciñéndose a cada curva de su cintura. El coche negro giró hacia la derecha con calma. Ferni, su conductor, observó por el retrovisor un coche blanco que circulaba pegado a su rueda. No le prestó excesiva atención.

Nessun Dorma, interpretada por Josep Carreras, sonaba en el aparato de música. Esa aria le endulzaba el trayecto. Ferni acababa de comer copiosamente y se sentía bien. Por unos instantes, había olvidado sus preocupaciones. El paisaje pasaba a su lado a una velocidad mantenida y suave, con una lentitud plácida.

Todo se aceleró en unos instantes.

—¡Aquí mismo! ¡Adelántalo! ¡Adelántalo! —gritó el copiloto del coche blanco al conductor nada más terminar la curva.

Este hizo que su coche avanzara con rapidez por la izquierda y adelantara al coche negro a toda velocidad en la única recta que había en muchos kilómetros. Cuando se le cruzó delante, derrapando con violencia, el úni-

co ocupante del coche negro, el crítico gastronómico Ferdinand Cubillo, no tuvo más remedio que frenar de manera brusca.

—Maldito cabrón, ¿qué haces?

Esas fueron las últimas palabras que Ferni pronunció en su vida. Lo hizo tras dibujar con las ruedas en el asfalto dos líneas paralelas levemente curvas que simulaban de manera premonitoria un signo de interrogación. Le hubiera gustado elegir un epitafio mejor, más acorde con su exquisita educación, pero aquello fue lo que le había deparado el destino: un exabrupto. Su cara de sorpresa fue tan grande como el volantazo que había tenido que dar para evitar el choque. El motor se caló. El coche levantó una pequeña nube de polvo e invadió la cuneta. En ese mismo momento, y con una mueca de espanto, Ferdinand Cubillo supo con certeza que había llegado su hora. El final estaba delante, y había llegado mucho antes de lo que él se había imaginado.

Los dos ocupantes del coche blanco se bajaron de él y, a cara descubierta, se acercaron corriendo hacia Ferni mientras sacaban con rapidez dos armas cortas. Todo pasó volando. La víctima trató, en un desesperado movimiento, de dar marcha atrás; hizo un vano intento por sacar el coche, pero había olvidado que el motor estaba calado. Sus atacantes, uno por cada lado, y sin mediar palabra, comenzaron a disparar. Más de ocho disparos por cada lado. Casi todos hicieron diana. Empezó a salirle sangre por la docena de orificios que acababan de hacerle en el pecho. Los casquillos tintinearán rítmicamente sobre el asfalto. Se oyó un eco extraño a lo largo de aquella carretera secundaria tapizada de árboles centenarios por donde ambos coches habían circulado hasta hacía unos segundos.

La violencia de los impactos provocó que el cuerpo de Ferni chocara contra el respaldo de su asiento de manera brusca. Soltó las manos del volante en un vano intento de protegerse con los antebrazos del mortífero ata-

que, pero aquello no sirvió de nada. Sintió un dolor extremo en el tórax. Los cristales de las ventanillas volaron hechos añicos por doquier, le rebotaron en el cuerpo alfombrando de un brillo estéril la cuneta. Las gafas de pasta que llevaba puestas salieron despedidas. Su sombrero cayó y quedó en el asiento trasero. Ferni intentó balbucear algo pero no pudo porque la sangre le corría por el esófago arriba buscando su salida natural. En un instante notó cómo el corazón le latía aceleradamente. La barba blanca se le inundó de saliva y sangre. Antes de morir, saboreó su último plato. Pero esta vez había una pequeña diferencia con la larga lista de platos sobre los que había escrito en el periódico donde trabajaba: este lo había preparado él con ayuda de los dos pinches desconocidos que lo habían atacado. Y sabía a sangre y al aroma del carbón donde habían asado la costilla de cerdo que hacía apenas dos horas había terminado de comer. Y también a muerte.

En un delirante momento, se trasladó a uno de los miles de restaurantes que había visitado en su dilatada vida profesional. Por un instante vio desfilar por su mente, de manera muy borrosa, innumerables caras de cocineros, camareras, enólogos, metes. Los vio en forma de pesadilla inconexa.

«Esto no puede estar pasando, es un mal sueño, una broma de mal gusto, quiero despertar», pensó. Pero la muerte no tiene sentido del humor; lo había llamado para quedarse con él. Su lengua inerte no supo degustar la fragancia de la parca que, inundándolo todo, habitaba en su interior desde hacía unos segundos.

Sus atacantes dejaron de disparar y se acercaron. La escena se había paralizado. El que estaba a la izquierda quiso cerciorarse de su muerte mirando de cerca el cadáver. A pesar de lo letal que había sido el ataque, metió la mano por una de las ventanillas con los cristales reventados y, acercando el cañón de su arma a menos de diez centímetros de su frente, le descerrajó un último disparo,

a bocajarro, para asegurarse de que el trabajo estuviese bien hecho. El cuerpo apenas se inmutó. La bala le atravesó la cabeza con una sensación aburrida. La característica marca del fogonazo en la piel de su frente delató la cortísima distancia a la que se había ejecutado aquel disparo de gracia.

«No hubiera hecho falta», pensó su compañero. La práctica totalidad de los disparos había atravesado el tórax de la víctima y el cuerpo estaba tendido en un mar de sangre. Su cazadora gris clara, de Armani, se había convertido en un retrato amargo de muerte. Los sabores y aromas que tantas y tantas veces había analizado Ferni a lo largo de sus años como crítico gastronómico se habían reunido en un sabor póstumo en ese menú final.

—Asunto concluido de una puta vez —le espetó uno de ellos al cadáver caliente que yacía en el interior del coche—. Disfrútalo —agregó vocalizando mucho mientras sonreía al ver su obra.

—¡Cállate y vámonos, que estamos en mitad de la carretera! —le gritó su acompañante con voz aguda.

Pero el otro atacante parecía en trance, y miraba su macabra obra, en un ejercicio de frialdad y desprecio, con cierto orgullo, sin hacer caso a los avisos de su acompañante.

Cada segundo que transcurría, la posibilidad de que alguien los viera aumentaba exponencialmente.

—¡Déjalo ya! —le repitió alzando la voz.

Aquello era un plato efímero, como todos. Pero sus tres ingredientes —el sabor de la sangre, la saliva y el aroma de humo— habían saciado a su comensal de por vida.

Ambos atacantes se miraron con impunidad. Uno de ellos retrocedió unos metros mientras arrastraba a su compañero del brazo, que se había quedado absorto y paralizado por la escena.

—Parece que lo ha aparcado, tardarán aún más en encontrarlo —comentó este mismo, en tono jocoso, saliendo de su estado de sorpresa inicial.

—Yo no le veo la gracia. ¡Vámonos, joder!

Ambos se miraron con seriedad. Sin mediar palabra, regresaron con rapidez a su vehículo, que se mantenía con el motor encendido. Cerraron las puertas con decisión y se incorporaron a la carretera. Nada más hacerlo se cruzaron con un único coche. Ambos miraron para otro lado.

—Hostia, por poco nos pillan —dijo uno de ellos mirando el coche que se alejaba.

Comenzaron su camino: en dirección a Lizartza, primero, y a Tolosa más tarde. Pensaron que cuando llegasen a la autovía el tráfico sería más intenso.

El coche negro de Ferdinand daba la impresión de estar medio aparcado en mitad de la pequeña recta, justo en la muga entre las provincias de Navarra y Guipúzcoa, pero en el lado de esta última por apenas unos metros. La parte trasera sobresalía un poco. No demasiado. Era un escenario macabro rodeado de cristales hechos añicos a la espera de que alguien diera la señal de alarma. Además, el escaso tráfico de la vía aún les daba a los atacantes más margen para la huida.

El arbolado de encinas y robles sostuvo la respiración mientras observaba cómo el coche blanco se alejaba camino abajo. El ruido de las ramas mecidas por el viento daba un ritmo de interrogante misterioso al trágico suceso. Después de circular durante unos minutos, y de haber pasado por la cercana población de Lizartza, los agresores pararon el coche en un recodo del camino y limpiaron las armas con meticulosidad. Bajaron del vehículo y miraron alrededor para comprobar que no hubiera nadie observándolos desde las casas. Con total aplomo, y con las armas ocultas bajo los abrigos, simulaban que conversaban mientras esperaban a que pasaran dos coches que circulaban con lentitud.

—¡Ahora! —se dijeron mutuamente.

Las dos armas volaron erráticamente dando círculos sobre sí mismas en dirección al agua. El sonido sordo y casi

simultáneo de ambas al caer al agua apenas fue audible. El río Araxes observó impasible cómo se sumergían con rapidez en una de las zonas más profundas de su cauce.

Los asesinos de Ferni tuvieron la frialdad de deleitarse con los pequeños rápidos que jalonaban esa zona del río. Cuando se montaron de nuevo en el coche, chocaron las manos mientras sonreían.

—Ha sido más fácil de lo que pensábamos —dijo uno de ellos mientras arrancaba el coche.

Se divisaba ya el comienzo del anochecer cuando el coche se incorporó de nuevo a la calzada y se perdió en dirección a Donostia.